

UN MES.

Madrid. . . . . 4  
Provincia. . . . . 5

UN AÑO.

Madrid. . . . . 40  
Provincia. . . . . 50

# EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

## SUMARIO

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrille. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

## LA COQUETERIA.

Tenemos nosotros un libro que no es ni viejo ni voluminoso, pero que como acontece con todos los libros buenos ó malos, contiene algo digno de atención. Este libro se ocupa de las pasiones, y aunque no es el asunto muy ameno, está tratado con tal ligereza y de tal modo, que muy bien caben algunos de sus capítulos dentro del plan que nos hemos trazado para el *Omnibus*. Sirva de muestra el siguiente que se refiere á una de las materias mas debatidas y en que menos conformidad hay de opiniones.

Decir que la coquetería no traspasa los límites del deseo de agradar, es dar una idea falsa de ella, porque el deseo de agradar es un sentimiento natural que nace de la necesidad de vivir en sociedad y que inspira indulgencia, consideraciones y todas las demás virtudes que anhelan los hombres hallar en sus semejantes. La coquetería no participa de este sentimiento, puesto que no hace á la mujer digna del aprecio general, ni perfecciona el carácter.

La coquetería, comprendemos nosotros, que es el deseo de inspirar amor sin tenerlo; tal es la definición que le damos.

Examinaremos la coquetería solamente con relación á la mitad del género humano, y le daremos por única base y le daremos por única base la vanidad, así como la carencia de juicio, la insensibilidad, consecuencia que marcha en pos de la vanidad.

Una mujer comienza primero por desear que todo el mundo la encuentre bella, y poco despues quiere que se lo digan, y seguidamente aspira nada menos que á una exclusiva deferencia; viene luego la indiferencia hacia los homenajes, cuyas demostraciones son las que necesita para el logro de lo escitar, para el logro de lo escitar no emplea mucho trabajo; los celos, la envidia contra las personas de un sexo, la ponen en poder del otro, y entonces comprende lo que es la coquetería; hasta aqui la habia confundido con la ligereza, con la inclinación á los placeres del mundo, con la debilidad natural de su sexo. Hablaba de amor y ya habla de amantes, y el primero no ha sido mas que el multiplicador.

Algunos poetas han aconsejado la coquetería.

21 DE ENERO DE 1836.

y varios filósofos la han reprobado, pero acompañando esta palabra con un comentario que incluye la coquetería en el número de casi todas las inclinaciones del hombre, cuyo bien y cuyo mal pueden igualmente sobresalir; por eso la prudencia provendrá del terror ó de la desconfianza, la economía de la avaricia, la dulzura de la debilidad, la generosidad de la imprevisión ó de la ostentación. No hay vicios ni virtudes que no sean susceptibles de producir su contraposición inmediata.

Si se considera la coquetería, no como una inclinación natural, si no como un arte, el objeto que se proponga y los medios que emplee, contribuirá á que la juzguemos lo mismo inocente que culpable. ¿Quién condenará la astucia que ponga en juego una mujer para cautivar á un marido? ¿Quién se opondrá á la perseverancia y á las atenciones encaminadas á ganar los corazones por medio de la gratitud, á la igualdad de humor, al talento ó á la amabilidad en el trato social?

En vano se dirá que una coqueta nada mas

uno y la otra. Por ventura la experiencia, ¿nos ha demostrado que las coquetas son castas? ¿no nos dice lo contrario todos los dias? ¡Singular prueba de continencia la que consiste en dar á los hombres el deseo de pararse de ella, y que les hace sospechar que se falta á sí misma! La imaginación flota de amor, el oído atento á sus palabras, las miradas, el aspecto estudiado para suspirar, vendrían á ser preservativos contra las faltas que obliga á cometer, y provocar en otras. ¿Sería un medio de defenderse de sus herrores? Esto sería original y por lo mismo no es.

Las coquetas ponen mas conato en negar la existencia del juicio, que artificio en persuadir que le profesan.

El primero que comparó á la coqueta al conquistador fué un hombre de buen sentido: ambas cosas marchan en armonía; ambas se regocijan con el desorden de los males de otro; no examina ni la naturaleza de los obstáculos que se oponen, ni la naturaleza del éxito que procuran obtener.

Sin embargo, en el conquistador hay mas sensatez; y promete descansar un dia, y siéndole conocida la extensión del globo terrestre, limita sus trabajos segun las proporciones de la tierra; calcula sobre la posición del todo, y comunmente perece antes de haber devastado una octava parte. La coqueta no se limita á nada; renovándose las generaciones, las invade su imaginación, y si dependiese de ella, la tropeta que ha de rennirnos en el valle de Josafac, tocaria un paso de ataque contra los resucitados que en tiempos anteriores al suyo hubiesen estado lejos del alcance de sus tiros.

La coqueta no se detiene ni delante del llanto de una madre, ni en presencia de la colera de un esposo, ni ante la vergüenza de un hijo, ni frente á la indignación y el desprecio del mundo. Lo que se llama generalmente vergüenza y deshonor aparece á sus ojos como un trofeo; se fastidia de la vida sedentaria, del trabajo de las manos, del silencio, de la economía, del descanso de los campos, de los cuidados de la familia; huye de la presencia de las enfermedades y de la vejez; para ella son cosas familiares la calumnia y la mentira, y reúne la indiscreción, la astucia y la perfidia, presentando á los ojos de la religion, de la moral y de la humanidad, el ser mas monstruoso y deplorable á la vez, pues no puede confundirse con la mujer á quien habiendo turbado la razón una enfermedad ha irritado los sentidos, ni con aquella á quien consume una pasión...

La coqueta notiene sentido ni pasiones, y se crea de un encanto inapreciable. El envilecimiento y la miseria acompañan por lo regular sus últimos instantes y raramente muere resignada.



La coqueta.

que contenta de querer ser poseida no se entrega á nadie, por que su pudor en inocencia vendrá á colocarse en el terreno de la duda, pues el pensamiento del mal es suficiente para atarman el

encanto inapreciable. El envilecimiento y la miseria acompañan por lo regular sus últimos instantes y raramente muere resignada.

## UN EPISODIO EN EL TERROR.

DE BALZAC.

(Conclusion.)

Habia tal acento de verdad en estas palabras, que la hermana Agueda, aquella de las dos religiosas que pertenecía á la casa de Langeais, y cuyas maneras anunciaban que en otro tiempo habia conocido el brillo de los festines y respirado el aire de la corte, se apresuró á indicar á su huésped una silla como para rogarle que tomase asiento. El desconocido comprendiendo este gesto, manifestó una especie de alegría mezclada de tristeza, y esperó para sentarse á que las dos respetables reclusas lo hubiesen hecho.

—Habéis dado asilo, dijo el desconocido luego que estuvo sentado, á un venerable sacerdote no juramentado, que se ha escapado milagrosamente de la matanza de las Carmelitas.

—*Ausanna!*... dijo la hermana Agueda interrumpiendo al forastero y mirándole con una inquieta curiosidad.

—Segun creo, no es ese su nombre respondió el recién venido.

—Caballero, dijo vivamente la hermana María, si nosotros no tenemos aquí ningun sacerdote, y...

—En ese caso conviene que tengais mas cuidado y mas prevision, replicó aquel dulcemente, alargando el brazo y cogiendo un brevedario que habia sobre la mesa, porque creo que no sabéis latin, y...

La extraordinaria emoción que se plató en el semblante de las dos pobres religiosas, le hizo temer que habia ido demasiado lejos, por lo que no continuó, mientras que aquellas estaban trémulas y con los ojos arrasados en lágrimas.

—Tranquilizáos, les dijo con una voz dulce y fríaca, yo sé el nombre de vuestro huésped, y hace tres dias que estoy instruido de vuestra destreza y de vuestro desprendimiento por el venerable abad de...

—¡Crist! dijo sencillamente sor Agueda, poniendo un dedo sobre sus labios.

—Ya veis, hermanas mías, que si tuviese el horrible designio de haceros traidoras, hubiera podido cumplirlo ya mas de una vez....

Al oír estas palabras, el sacerdote salió de su escondrijo y se presentó en medio de la habitación.

—No puedo creer, caballero, dijo dirigiéndose al desconocido, que seais uno de nuestros perseguidores y por lo tanto no en vos. ¿Qué queréis de mí?

La santa confianza del sacerdote y la nobleza que se distinguía en todas sus maneras, hubieran desarraigado á un asesino. El misterioso personaje que habia venido á animar aquella escena de miseria y de resignación, contempló por espacio de algunos minutos el grupo formado por estos tres seres, y despues, tomando un tono de confianza, se dirigió al sacerdote en estos términos:

—Padre mio, yo he venido únicamente con el objeto de rogaros que celebrárais una misa mortuoria por el reposo del alma... de un... de una persona sagrada, cuyo cuerpo no deseará nunca en la tierra bendita....

El sacerdote se espeluznó involuntariamente; pero las dos religiosas, no comprendiendo todavía de quien queria hablar el desconocido, permanecieron con los ojos fijos en los dos interlocutores, con una actitud de la mas profunda curiosidad.

El eclesiástico examinó lentamente al forastero: una inequívoca ansiedad estaba retratada en su semblante, y sus miradas espresaban ardientes ruegos.

—¡Está bien! volved á las doce de esta misma noche y me encontraréis dispuesto á celebrar el único servicio fúnebre que nos es dado ofrecer en expiación del crimen de que queréis hablar...

El desconocido se estremeció, pero una satisfacción dulce y grave á la vez pareció triunfar de su dolor secreto. Despues de haber saludado respetuosamente al sacerdote y á las dos hermanas del Señor, desapareció, dando señales de un mudo reconocimiento, que fué comprendido por aquellas tres almas generosas.

Dos horas habrian transcurrido desde la escena que acabamos de describir, cuando volvió el desconocido, y llamó discretamente á la puerta del desván. La señorita de Beaussant salió á recibirle y le introdujo en la segunda habitación de este modesto retrete, donde todo habia sido dispuesto para la ceremonia que debia celebrarse.

Las dos religiosas habian llevado la antigua cómoda que estaba en la otra pieza y la habian colocado entre los dos cañones de la chimenea, ocultando sus mal parados contornos con un magnifico paño de altar de *moire* verde: un gran crucifijo de marfil y ébano colgaba sobre aquella pared amarilla por el humo, cuya desnudez lucia resaltar mas, atraía necesariamente las miradas; y cuatro pequeñas velas, que las dos religiosas habian conseguido fijar sobre aquel altar improvisado sujetándolas con lacre, despedían una luz opaca que el muro apenas reflejaba. Aquella débil luz iluminaba débilmente los contornos del altar, dejando en tinieblas el resto de la habitación; pero no reflejándose mas que en aquellas cosas que pertenecían al servicio de Dios, esta claridad parecia un rayo caido del cielo sobre el altar sin ornamento, donde iba á ofrecerse el servicio fúnebre que el sacerdote habia prometido al desconocido. El pavimento estaba muy húmedo; y el techo que, descendía en rápida pendiente hácia los dos costados como en los graneros, tenia algunas hendiduras por las cuales penetraba un viento glacial. Nada es menos suntuoso, y sin embargo nada pudo ser ni fué mas solemne que esta lúgubre ceremonia. Un silencio profundo, que hubiera permitido oír el mas ligero grito dado en la ruta de Alemania, reinaba dentro de aquella habitación convertida repentinamente en oratorio, prestando una especie de sombra magestad á esta nocturna escena. La grandeza, en fin, de la función que iba á celebrarse, contrastaba de tal manera con la pobreza de las cosas, que producía un sentimiento de religioso espanto. Las dos ancianas reclusas arrojadas á los lados del altar sobre el pavimento sin celdas de su mortal humanidad, oraban en union con el sacerdote, que, revestido con sus vestidos pontificales, disponia en el altar de oro adornado con piedras preciosas, vaso sagrado salvado, sin duda del pillage en la abadía de Chelles. Junto á este copon, monumento de una magnificencia real, el agua y el vino destinados al santo sacrificio, estaban contenidos en dos vasos, dignos apenas de la mas miserable taberna; y á falta de misal, el sacerdote habia colocado su breviario en un ángulo del improvisado altar. Un plato como estaba preparado para que el oficiante lavase sus manos inocentes y puras de sangre. Todo allí era inmenso, aunque pequeño; pobre, pero noble y digno: sagrado y profano á la vez. El desconocido afectado de un piadoso sentimiento, se hincó de rodillas respetuosamente entre las dos religiosas.

Pero notando, de repente, que el cáliz y el crucifijo estaban cubiertos con una gasa negra, por lo que no teniendo con que anunciar la aplicación de esta misa fúnebre, el sacerdote habia puesto de luto al mismo Dios, fué asaltado por un recuerdo tan punzante, que su ancho frente se cubrió de sudor. Los cuatro silenciosos actores de esta escena, se miraron entonces misteriosamente; pero sus almas, obrando á competencia las unas sobre las otras, se comunicaron de esta suerte sus sentimientos y se confundieron en una comunión religiosa; parecia que su pensamiento hubiese conocido el martir, cuyos restos habian sido devorados por la cal viva, y que su sombra estaba en presencia de ellos con toda su magestad real. Estos cuatro personajes celebraban un funeral sin el cuerpo del difunto, y bajo apretadas tejas, detrás de aquellas desventajadas puertas, cuatro cristianos iban á pedir fervorosamente á Dios, por el descanso eterno de un rey de Francia, y hacer su entierro sin fúnebre. Este era el mas puro de todos los sacrificios, y un admirable acto de fidelidad ejecutado sin segunda intención, presentándose, sin duda á los ojos de Dios, como el vaso de agua que equilibra las mas grandes virtudes. Toda la monarquía estaba allí, en las plegarias de un sacerdote y de dos pobres reclusas del Señor; pero tal vez la república pasaba que estuviese representada por aquel hombre, cuya fisonomía

manifestaba demasiados remordimientos, para no creer que cumpliese los votos de un inmenso arrepentimiento.

En vez de pronunciar las palabras latinas: *Introito ad altare Dei, etc.*, el oficiante por una inspiración divina, miró á los tres asistentes que figuraban la Francia cristiana, y les dijo para destruir la miseria de este chivivivi:

—Vamos á entrar en el santuario de Dios!

A estas palabras pronunciadas con toda la penetrante unción digna de un ministro del altar, un santo temor se apoderó del asistente y de las dos religiosas. Es indudable que bajo las bóvedas de la basilica de San Pedro en Roma, Dios no se hubiese mostrado mas magestuosamente que lo hizo entonces en este asilo de la indigencia á los ojos de aquellos cristianos: tan cierto es que, entre el hombre y él toda intermediación parece inútil y que no recibe su grandeza sino de sí mismo: el fervor del desconocido era verdadero. Así es, que el sentimiento que unía los ruegos de estos cuatro servidores de Dios y del rey fue unánime; y las santas palabras del sacerdote resonaban como una música celeste en medio del profundo silencio que reinaba en torno de él; y cuando pronunció el *Pater noster* las lágrimas corrieron un momento de los ojos del desconocido asistente. El sacerdote añadió esta súplica latina, que fué comprendida, sin duda, por el forastero: *Et remitte scelus regicidis sicut Ludovicus eis remisit semetipso.* (Y perdonad á los regicidas, así como los ha perdonado el mismo Luis XVI.)

Las dos religiosas distinguieron dos gruesas lágrimas trazando un surco húmedo á lo largo de las varoniles mejillas del desconocido y caer hasta el pavimento. En seguida recitaron el oficio de difuntos.

El *Domine, salvum fac regem*, cantado en voz baja, cerneció á estos fieles realistas, que pensaron en que el joven rey, por el cual rogaban en aquel momento al Todopoderoso, estaba cautivo entre las manos de sus enemigos; y el desconocido se estremeció al pensar que aun podia cometerse un nuevo crimen, que él se veria indudablemente forzado á ejecutar. Concluido el servicio fúnebre, el sacerdote hizo á las dos religiosas una señal para que se retirasen; y al momento que se vió solo con el desconocido, se dirigió hácia él con un aire dulce y triste á la vez, y le dijo con voz paternal:

—Si vuestras manos se han manchado en la sangre del rey mártir, confiadme lo sin temor: no hay falta por grande que sea, que no se lave á los ojos de Dios, por un arrepentimiento tan sincero y tan profundo como parece el vuestro.

A las primeras palabras pronunciadas por el eclesiástico, el forastero no pudo contener ni movimiento de involuntario terror; pero bien pronto recobró su tranquilo continente y miró con seguridad al admirado sacerdote:

—Padre, le dijo con una voz visiblemente alterada, nadie es mas inocente que yo de la sangre que se ha derramado....

—Yo debo creerlo, dijo el sacerdote....

Pero hizo una pausa durante la cual examinó con toda atención á su penitente: despues, persistiendo en tenerle por uno de aquellos medrosos miembros de la Convencion que habian entregado una cabeza inviolable y sagrada á trueque de conservar la suya, continuó con grave acento:

—Pensad, hijo mio, que no basta para ser absuelto de ese gran crimen, no haber cooperado á él directamente. Los que, pudiendo defender al rey, han conservado la espada en la vaina, tienen que dar una cuenta muy estrecha en presencia del rey de los cielos.... ¡Oh! sí, añadió el anciano sacerdote agitando la cabeza de derecha á izquierda con un movimiento espresivo, sí, muy estrecha....! porque, permaneciendo ociosos se han hecho cómplices involuntarios de este espantoso crimen....

—¿Creéis, preguntó el desconocido estupefacto, que una participación indirecta será castigada...? El soldado que ha sido mandado para formar el cuadro, ¿es, pues, culpable...?

El sacerdote permaneció indeciso. Dichoso con el embarazo en que ponía á este puritano del trono y de la dignidad real, colocándole entre el dogma de la obediencia pasiva que, según los partidarios de la monarquía, debe dominar á las ordenanzas militares, y el dogma tan importante

tambien que consagra el respeto debido á la persona de los reyes, el forastero se apresuró á ver en la incertidumbre del sacerdote una solución favorable á las dudas que le atormentaban. Despues, para no dejar al venerable jansenista reflexionar mas tiempo, le dijo:

—No podría menos de avergonzarme al ofrecer un salario, cualquiera que fuese, por el servicio funerario que acabais de celebrar por el reposo del alma del rey y por la tranquilidad de mi conciencia. Una cosa inestimable no se puede pagar sino con una ofrenda que no tenga precio: dignaos, pues, aceptar, caballero, el don que os hago de una santa reliquia. Tal vez llegue un dia en que comprendais su valor.

Al acabar estas palabras el desconocido presentó al celestático una cajita en extremo ligera: el sacerdote la tomó involuntariamente, por decirlo así, en razon á que la solemnidad de las palabras de aquel hombre, la inflexion que dió á su voz y el respeto con que conservaba esta caja, habian producido en su alma una profunda sorpresa. Entonces se dirigieron á la otra pieza en donde los esperaban las dos religiosas.

—Estais, les dijo el desconocido, en una casa cuyo propietario, Mutius Scévola, escycero que habita el primer piso, es célebre en la seccion por su patriotismo; pero secretamente es adicto á los Borbones. En otro tiempo era picador de monseñor el principe de Conti, á quien debe su fortuna; y no saliendo de su casa estais mas en seguridad que en ningun otro lugar de Francia. Permaneced en ella, donde piadosas almas cuidarán de vuestras necesidades, y podreis esperar sin peligro que vengan mejores dias. Dentro de un año, el 21 de enero.... al pronunciar estas últimas palabras no pudo disimular un movimiento involuntario, si adoptais por asilo este triste lugar, volveré á celebrar en vuestra compañía la misa expiatoria.... Pero no concluyó saludó á los mudos habitantes del desván, arrojó una última mirada sobre todos aquellos objetos que atestiguaban su miseria, y desapareció.

Tan estraña aventura tenia para las dos inocentes religiosas todo el interés de una novela; así fué que en el momento que el venerable abad las instruyó del misterioso presente tan solemnemente hecho por aquel hombre la caja fué colocada por ellas sobre la mesa, y los tres personajes que debian examinar su contenido, débilmente iluminados por una vela de sebo, manifestaron una indescritible curiosidad. La señorita de Langeais abrió por fin la caja, y halló en ella un pañuelo de finísima batista lleno de sudor; pero al desplegarlo notaron en él algunas manchas.

—¡Esto es sangre!... dijo el sacerdote.

—¡Y está marcado con la corona real! exclamó la otra religiosa.

Las dos siervas del Señor dejaron caer la preciosa reliquia con horror; para aquellas dos candorosas almas, el misterio que rodeaba al desconocido era inexplicable; y en cuanto al sacerdote, no trató de penetrarlo.

Los tres prisioneros no tardaron en comprender que una mano poderosa les protegía. Al principio recibieron leña y provisiones; despues las dos religiosas adivinaron que su protector estaba asociado con alguna mujer, cuando les envió ropa blanca y vestidos que podian permitirles salir sin ser notadas por las modas aristocráticas de los trages que habian tenido precision de conservar; en fin, Mutius Scévola les facilitó dos cartas civicas. Muchos avisos convenientes á la seguridad del sacerdote llegaron hasta ellas por vias ocultas; y el desventurado abad reconoció tal oportunidad en estos consejos, que no podian ser dados sino por una persona iniciada en los secretos del Estado. Apesar del hambre que alligaba á Paris, los proscripios encontraron siempre á la puerta de su habitación raciones de pan blanco, que eran puestas allí regularmente por manos invisibles, sin embargo, ellos creyeron reconocer en Mutius Scévola el misterioso agente de esta beneficencia siempre tan ingeniosa como inteligente. Los nobles habitantes del desván no podian dudar de que su protector era el personaje que habia venido á hacer celebrar la misa expiatoria en la noche del 22 de enero de 1793; así es que llegó á ser el objeto de un culto particular para estos tres seres que en él solo esperaban, y vivian solo por él. Para él habian añadido nuevas

y especiales oraciones en sus súplicas al Todopoderoso: dia y noche aquellas tres piadosas almas formaban ardientes votos por su dicha, por su prosperidad y por su salud, pidiendo fervorosamente á Dios que apartase de él todas las asechanzas, que le libertase de sus enemigos y le concediese una vida larga y feliz. Su reconocimiento siendo, por decirlo así, renovado todos los dias, se unia necesariamente á un sentimiento de curiosidad que cada dia adquiria mayores proporciones. Las circunstancias que habian acompañado á la aparicion del desconocido, eran el objeto de sus conversaciones, formaban mil conjeturas sobre él y este beneficio de nuevo género era para ellos ademas un motivo de distraccion. Los tres proscriptos se proponian no dejar escapar de su amistad al misterioso personaje á quien eran deudores de tantos beneficios el dia en que volviese, segun habia prometido, á celebrar el triste aniversario de la muerte de Luis XVI.

Aquel momento con tanta impaciencia esperado llegó por fin. A las doce de la noche del dia que habia designado el desconocido, el ruido de sus pesados pasos resonó en la vieja escalera de madera, y ya la habitacion habia sido preparada de antemano para recibirle y el altar estaba colocado. Esta vez las religiosas abrieron la puerta antes que llegase, y las dos se apresuraron á alumbrar la escalera. La señorita de Langeais bajó aun algunos peldaños para tener el gusto de ver antes á su bienhechor.

—¡Llegad, le dijo con voz conmovida y afectuosa, llegad... se os espera.

El hombre levantó la cabeza, dirigió una mirada sombría á la religiosa y continuó subiendo sin responder una palabra: la pobre se quedó yerta como si la hubiese caído encima una capa de nieve, y guardó el mas profundo silencio; á su aspecto el reconocimiento y la curiosidad espiraron en todos los corazones. Tal vez el recién venido estaba menos frio, menos taciturno, menos terrible de lo que pareció á aquellas almas á quienes la exaltacion de sus sentimientos disponia á las expansiones de amistad. Los tres pobres prisioneros que comprendieron que aquel hombre queria permanecer incógnito para ellos, se resignaron. El sacerdote creyó notar sobre los labios del misterioso personaje una sonrisa que reprimió en el momento que se apercebó de los preparativos que se habian hecho para recibirle: oyó la misa y oró con fervor; pero desapareció despues de haber contestado con algunas palabras de política negativa á la invitacion que le hizo la señorita de Langeais de partir con ellos la modesta colacion que tenian preparada.

Despues del 9 termidor, las religiosas y el abad de Marolles pudieron ir libremente á París, sin correr allí ningun riesgo. La primera vez que el anciano sacerdote salió se dirigió á una perfumeria conocida con el nombre de la Reina de las Flores, perteneciente al ciudadano y á la ciudadana Ragon, antiguos perfumistas de la corte, que habian permanecido fieles á la familia real y de los cuales se servian los vendedores para comunicarse con los principes y con el comité realista de París. El abad, vestido segun requeria la época, se hallaba á la puerta de la tienda situada entre San Raque y la calle de los Frondeurs, cuando una multitud que llenaba la calle Saint-Honore, le impidió salir.

—¿Qué es esto? preguntó á la señora Ragon.

—No es nada, le contestó, es la carreta y el verdugo que van á la plaza de Luis XV. ¡Ah! bastantes veces lo hemos visto el año pasado; pero hoy, cuatro dias despues del aniversario del 21 de enero, ya se puede mirar sin temor ese espantoso cortejo.

—¿Por qué preguntó el abad; ved que no es nada cristiano lo que decís.

—¡Ah! se trata de la ejecucion de los cómplices de Robespierre; se han defendido cuanto les ha sido posible; pero á su vez van allí, donde han enviado tantos inocentes.

Una multitud que llenaba la calle de Saint-Honore, pasó como una oleada. Por encima de las cabezas el abad de Marolles, vediendo á un movimiento de curiosidad, vió de pie sobre la carreta, al hombre que tres dias antes habia oido su misa.

—¿Quién es?... dijo, aquel que....

—El verdugo, respondió Mr. Ragon nombran-

do al ejecutor de las altas obras por su nombre monárquico.

—¡Amigo mio! ¡amigo mio! gritó la señora Ragon, el señor abad se muere.

Y la anciana señora cogió un frasco de vitagre para hacer volver al pobre sacerdote que se habia desmayado.

—Sin duda aquel pañuelo que me entregó es el que sirvió al rey para secar su frente cuando marchaba al martirio.... ¡Pobre hombre!.... el cuchillo de acero ha tenido corazon cuando toda la Francia carecia de él....

Estas palabras, ininteligibles para los perfitistas, les hicieron creer que el pobre sacerdote deliraba.

## MISCELANEA.

INDUSTRIA.—FABRICACION DEL PAPEL. ¿De dónde os viene esta bonita hoja de papel blanco, tan ligera y sin embargo tan sólida, sobre la cual fija vuestra pluma de un modo duradero los caracteres de la escritura? No lo adivinareis. Esta hoja está hecha con trapos recogidos en la calle. He aquí de que modo los convierten en papel.

Unas pobres gentes, llamadas traperos, recogen los trapos que entresacan de los montones de basura. Llevan á la espalda un cesto ó talego que llenan, y van armados de un gancho de hierro con un mango de madera. Todos los trapos llevados á la fábrica se escogen en cinco ó seis clases; mugeres son las que se encargan de esta tarea; desahocen todas las costuras despues de haber lavado y colado los trapos para quitarles la grasa que puedan tener.

Para deshilarlos estos trapos se tienen por algun tiempo en el agua ó en un parage húmedo, despues de lo cual se golpean por medio de pesados mazos movidos por una máquina de vapor ó una corriente de agua. En las nuevas fábricas de papel se hace uso de cilindros armados de cuchillas de acero; otras hojas están fijadas en un machon inmóvil de madera. Los cilindros dan vueltas de modo que sus hojas crucen á las del machon. Esta máquina se llama lavador. El cilindro está un poco separado del machon y el trazo que pasa entre ambos sale hecho pedazos y deshilachado. Otra máquina semejante, cuyas hojas están mas unidas sirve para reducir á pasta el trazo ya deshilachado.

Se blanquean los trapos bien sea antes de reducirlos á pasta esponiéndolos húmedos sobre enrejados de mimbres á la accion de una sustancia llamada cloruro, ó mezclando á la pasta una sal llamada cloruro de cal; al cabo de una hora esta pasta está perfectamente blanca y entonces se traslada á una cuba de madera donde tubos de cobre mantienen el calor por medio del vapor. Se la disuelve en cierta cantidad de agua cuidando de que esté sin zurrillos.

El obrero toma un molde compuesto de un marco lleno de hilos de laton cruzados y sostenidos por debajo con regletas. Un filote sutil del mismo grueso que ha de tener la hoja de papel sobresale sobre el enrejado de laton. Cogiendo el molde con las dos manos en direccion oblicua lo sumerge en el líquido; cuando ha entrado todo lo vuelve á sacar horizontal de modo que queda en el molde una porcion de la pasta bien desleida. El agua se escapa por el enrejado y la hoja de papel queda hecha.

Pasa entonces el molde á un segundo obrero que coloca la hoja de papel bien húmeda y frágil aun, sobre un fieltro, encima de este otra hoja, despues otra fieltro, y así sucesivamente. Despues de colocar de este modo un cierto número de hojas, se somete esta pila á la prensa que exprime toda el agua superabundante.

Se quitan en seguida los fieltros, y colocadas las hojas unas encima de otras, entran nuevamente en prensa. Se las deja secar en seguida por medio de una corriente de aire, y el papel queda hecho, al menos el que sirve para la impresion de libros y grabados. El que usamos para escribir es preciso que tenga cola para que no se resquebraje.

Para encolarlo se mete el papel en un baño tibio en el que se echa cierta cantidad de piedra

alambre y una sustancia glutinosa llamada cola de retal. Se entrecubren las hojas, se separan, y cuando están bien humedecidas se colocan sobre los fieltros, se prensan y dejan secar. Últimamente se quitan las hilachas de lana que han podido desprenderse de los fieltros y pegarse al papel, y se hacen resmas de 500 hojas.

De algun tiempo á esta parte se fabrican hojas de papel de grande dimension vertiendo la pasta diluida sobre un lienzo sin fin, movable entre dos cilindros horizontales; cuando esta hoja está bastante consolidada por otros dos cilindros cubiertos de fieltro, pierde allí el agua y se acrolla sobre un tambor de donde la retiran cortándola del tamaño apetecido para someterla á la prensa.

El mejor papel es el que se hace con trapos de cáñamo y lino, aunque el de algodón es mas blanco. La mezcla de ambos artículos produce un papel bastante bueno.

Se ha hecho papel de la paja, de la corteza de los árboles, de la ortiga, de la malva, del junco, del moral, del heno, y otras sustancias vegetales. Los antiguos preparaban la corteza de un árbol llamado papyrus de donde viene el nombre de papel.

El carton se hace de las raspaduras y recortes del papel. La pasta se cuele y prensa, pasando en seguida las hojas entre dos cilindros colocados á una distancia proporcionada.

Basta lo dicho para daros una idea del modo de fabricar el papel.

Otro dia hablaremos de la fabricacion del papel continuo, y de los papeles pintados que hoy son un adorno indispensable aun de las mas humildes habitaciones.

CRÓNICA DE 1836. Un amigo nuestro ha observado que en los 15 primeros dias de este año ha llovido casi sin interrupcion, ha nevado, ha

habido un huracan, un temblor de tierra, dos amagos de motin, el de Madrid y el de Alcoy, y un cambio ministerial; se han salido de madre casi todos los rios y han perecido en las costas varios buques; sin hacer mérito especial, por ser cosa de menor cuantía, de las riñas, desafíos, suicidios, navajadas, robos, atropellos, atrancos y vuelcos de carruages, ni de otras frioleras por el estilo. Si el año sigue así, no hay duda que promete.

EL GRACIOSO Y EL PLATO DE ORO. Dominico, éste amable y entendido gracioso del teatro francés que tan brillante boga obtuvo en el reinado de Luis XIV, hallándose un dia presente á la cena del rey, parecia mirar con interés y afan particular un plato de perdices que se hallaba en la mesa. El rey que lo notó dijo al oficial que le servia:—Que den ese plato á Dominico.—¿Que, señor, y las perdices tambien? El rey que entendió el pensamiento de Dominico replicó: y las perdices tambien. Así Dominico por esta diestra pregunta tuvo con las perdices el plato que era de oro.

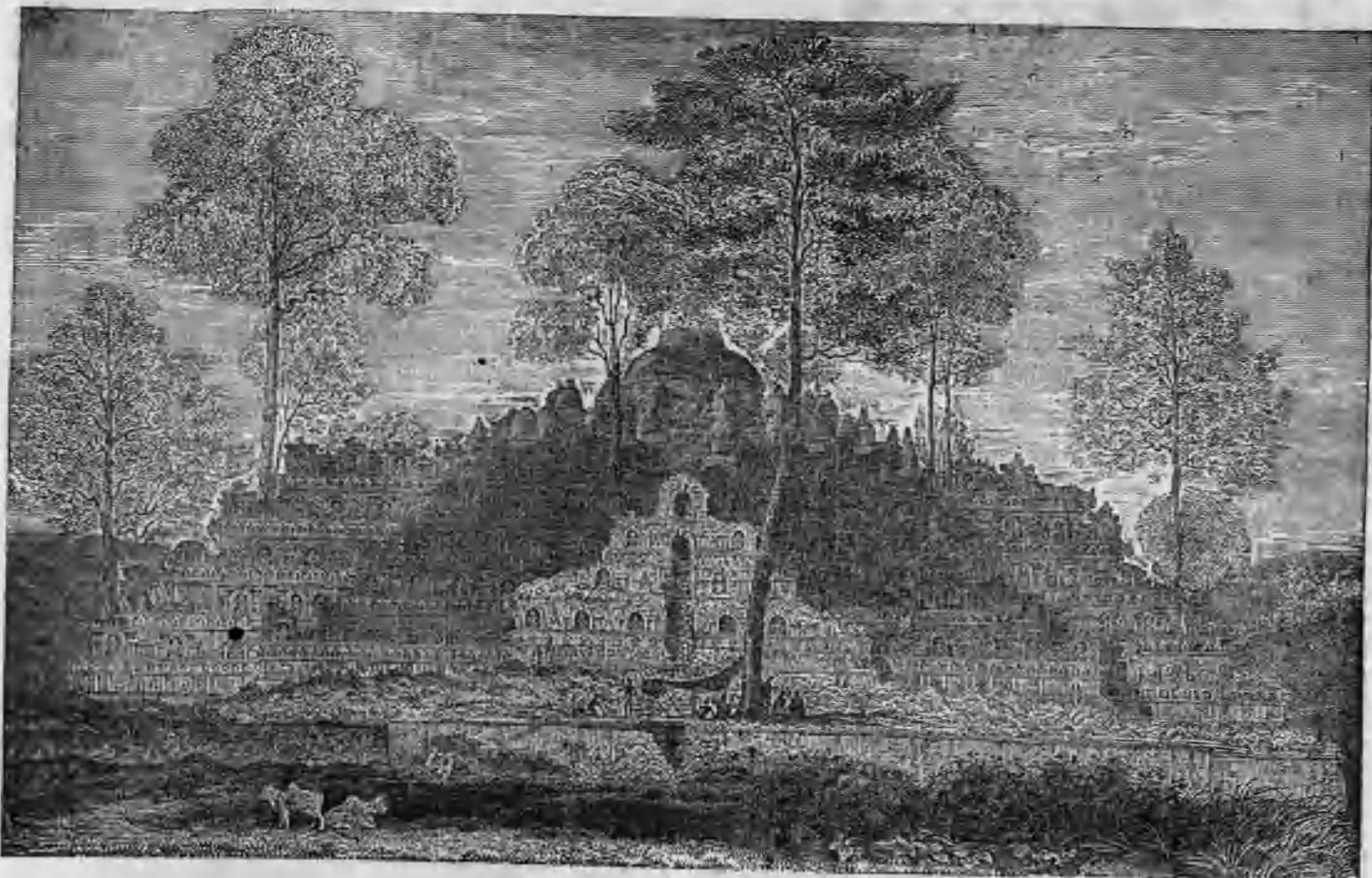
—Preguntando á un célebre abogado que habia llegado á ser conde y ministro, por qué no tenia pintadas sus armas en su carretela respondió:—Es que mi carretela es mas antigua que mi nobleza.

GEOGRAFIA Y VIAGES.—JAVA.—La isla de Java es despues de las de Sumatra y Bornéo, la mas considerable del Archipiélago asiático, y aunque es inferior á ellas en estension, su posicion mas central entre el continente de Asia, la Nueva Holanda, las islas de las Especies, el mar de las Indias y el gran Océano, su poblacion, agricultura, industria, comercio, artes y civilizacion,

le aseguran el primer rango en la Malaya. Java se estende del O. al E inclinándose un poco al S. Su longitud desde el cabo Java sobre el estrecho de Sonda hasta la punta mas oriental, es 492 leguas marinas; su latitud varia de 16 á 63. Los indigenas designaban antiguamente con el nombre de Java la parte oriental, con el de Sonda la occidental y con el de Tana la reunion de estas dos partes, á las cuales aplican los europeos indistintamente el nombre de Java. Los geógrafos persas la llaman *Maharadjí* (el gran rey); los árabes *Djez-ret-el-Maharadjch* (isla del gran rey); ó *Saryrah*.

En la parte oriental de Java, en la provincia de Kido ó Kadu, cerca de Magueelan, en el confluente del Elo y del Praga, y no lejos de la frontera de los estados del sultan de Djokjokarta, se hallan las ruinas mas célebres é imponentes de esta isla. El templo de Boro-Bodo, cuya construccion coloca Mr. Raffles desde el siglo V al VIII de la era javana, corona la cumbre de una colina, que parece haber sido allanada, y forma en su conjunto una pirámide rectangular, compuesta de siete circuitos ó terrados en rellax, y terminada por una cúpula que cubre el edificio, y cuyo diametro es de 64 pies. Rodean esta cúpula hasta 72 torrecillas colocadas en tres filas, y las cuales rematan en una cúpula pequeña. Cada lado de la pared exterior tiene 743 pies. Las torres y fachadas, están llenas de nichos que contienen figuras humanas de proporcion colosal, y sentadas con las piernas cruzadas, los ojos bajos, la cabeza erguida, con dos orejas prominentes y un tocado parecido á un gorro frigio; se cuentan hasta cerca de 400. La altura total del templo es de 448 pies.

Muchos orientalistas de las sociedades asiáticas de Bombay, de Calcuta y de la Europa, dice Mr. de Rienzi, han pretendido que no existia en



Templo de Boro-Bodo.

parte alguna de Java, ni aun en Boro-Bodo, monumento alguno del culto de Budha. Un brahmin, compañero de viage de sir Stamford-Raffles, que probablemente habia sido criado en el odio hereditario de su casta contra los budhistas, le dijo, que el tocado artificial de cabellos lanudos, una de las insignias de Budha, que se vea en algunas figuras del templo de Boro-Bodo, formaba

tambien parte del traje de los devotos del culto brahminico del Indostan en ciertas espalaciones; pero este templo se asemeja de tal modo por su construccion y esculturas á los que he visto en Ceylan, que no dudo de que estava dedicado á Budha, segun parece indicar su nombre. En efecto, no es probable que el nombre de Boro-Bodo se derive de *Bara-Budha*, el gran Budha? por

otra parte, este templo presenta una semejanza casi completa con el de Budha en Gaya, en el Indostan.»

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,  
calle de Sta. Teresa, núm. 8